El soldado en el refranero (I)

Juan José ÁLVAREZ DÍAZ
Ministerio de Defensa

Resumen: Tomando como base doscientos refranes sobre el soldado español, este artículo presenta la primera parte de un estudio de las coplas y refranes alusivos al mundo de los soldados, clasificados en distintos apartados: De la uniformidad; De frailes, putas y soldados; De mozas y soldados; De los soldados y el amor y De la recluta, de quintos.
Palabras clave: Paremiología. Refrán. Soldado. Español.

Titre: " Le soldat et les proverbes (I) ".
Résumé: Cet article présente la première partie d'une étude traitant de.chansons.. et de proverbes qui font allusion au monde des soldats. Pour cette étude, un corpus de deux cents proverbes sur le soldat espagnol a été retenu comme base de travail et classé ainsi : De l'uniformité ; Des moines, prostituées et soldats ; Des jeunes filles et soldats ; Des soldats et de l'amour ; Des recrues, des conscrits.
Mots clé: Parémiologie. Proverbe. Soldat. Espagnol.

Title: "Soldiers in the collection of proverbs (I)".
Abstract: This article presents the first part of a study on verses and proverbs referred to the world of soldiers on the base of two hundred proverbs about the Spanish soldier. They are classified into several groups: About uniformity; About friars, whores and soldiers; About girls and soldiers; About soldiers and love; About recruitment and conscripts.
Key words: Paremiology. Proverb. Soldier. Spanish.

El 4 de mayo de 1921 se enterraron en el monumento a Víctor Manuel II de Roma, los restos de un soldado italiano que representaba a los 650.000, de esa misma nacionalidad, caídos durante la Gran Guerra de 1914 a 1918. Sobre la tumba se puso la inscripción latina *Ignoto militi*, 'Al soldado desconocido'. Muchos son los monumentos que, como el de Roma, se han erigido, desde entonces, al soldado desconocido en todo el mundo; con ellos se pretende honrar la memoria de los simples soldados; de todos aquellos que, parafraseando a Virgilio, no 'llegaron a los astros' pese a comportarse, en muchos casos, como verdaderos héroes; de los que murieron en la triste soledad de un campo de batalla y fueron ignorados por la Historia; de los que olvidados, no tuvieron siquiera un solemne epitafio como aquel que honraba a los griegos caídos en el paso de las Termópilas (Cicerón, 1986: 1.42.101), y que decía: "Extranjero, di en Esparta que nos has visto aquí sepultados, obedeciendo las sagradas leyes de la patria."

Ignoto militi, el soldado anónimo que sin rostro ni nombre identificable descansa bajo la lápida y la llama votiva no representa, únicamente, a los caídos; es también el símbolo de los miles de jóvenes que, voluntariamente o por fuerza de conscripción, han servido como soldados, sacrificando parte de sus mejores años en el servicio a una sociedad que, frecuentemente, ha ignorado su esfuerzo.

La forma de vida de los soldados, hasta épocas muy recientes, no había merecido nunca la atención de los investigadores. Sólo el pueblo llano, de donde procede gran parte de la tropa, reconociendo en los soldados a sus propios hijos, los ha incorporado a su acervo y es así, que en nuestro país, los refranes, coplas y tradiciones populares relacionadas con la milicia constituyen un inapreciable tesoro cultural en el que se conserva la imagen de este soldado desconocido que, desde el siglo XVI hasta nuestros días, ha encarnado el verdadero nervio de los ejércitos de España. Así pues, si hoy queremos conocer cómo eran los soldados españoles de otras épocas debemos comenzar por estudiarlo.

Las coplas y los refranes nos dicen muchas cosas del mundo de los soldados, siendo, además, especialmente reveladores en todo lo que atañe a la vida cotidiana como los alojamientos, la comida o la uniformidad..., y también al amor, a la camaradería y a las relaciones en general. Y si dejamos a un lado las coplas, encontramos que son más de mil doscientos los refranes que tratan del ejército, las armas y la guerra; de ellos, aproximadamente doscientos se refieren exclusivamente al soldado, preservando, en conjunto, un mundo que fue y ya no es, un mundo de otras épocas que, al menos en parte, nuestra sociedad actual ya ha olvidado.

A través de algunos de estos refranes vamos a realizar un viaje retrospectivo que nos llevará a acercarnos a este soldado español, histórico y desconocido. Nuestro *ignoto militi*.

Por razones de espacio y de mi incapacidad para expresarme de manera concisa, no me va a ser posible reproducir todos los que, clasificados bajo diversos epígrafes, incluí en la conferencia dada en la Sala de Juntas de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid, el uno de diciembre de 2004, con motivo del acto de inauguración del Programa de Doctorado "Estudio y función de las unidades lingüísticas estables: fraseologismos y paremias". Divido pues, en dos o tres partes, el trabajo y en esta primera escribiré, únicamente, sobre los refranes clasificados como: De la uniformidad; De frailes, putas y soldados; De mozas y soldados; De los soldados y el amor y De la recluta, de quintos.

De la uniformidad

Antes del siglo XVIII, los soldados se identificaban, únicamente, por su aspecto: bigotes, botas altas, sombreros con grandes plumas, coleto y la inevitable espada les hacían inconfundibles. Además de esto, era costumbre frecuente entre los soldados introducir en su atuendo alguna marca o peculiaridad que les distinguiera de los de otras unidades o naciones. Un ejemplo es el de los soldados del que fue conocido como Tercio de los Almidonados, que destacaban por el lujo y calidad de su vestuario. En otros casos, lo que se imponía era lo contrario, como la costumbre de acuchillar los vestidos que se popularizó entre los soldados españoles de los Tercios. Viendo a los jóvenes actuales con sus pantalones vaqueros acuchillados y llenos de rotos, sorprende comprobar como esta moda, tan aparentemente transgresora y moderna, no es más que una nueva versión de la moda, entonces igual de transgresora y moderna, que seguían aquellos jóvenes soldados de hace cuatro siglos. Y de esta moda, el siguiente refrán con el se referían a los españoles en Italia: *Español loco, rompe lo sano y pone lo roto*.

El uniforme, excepción hecha de las tropas de Casa Real que lo tenían desde antes, fue implantado por el rey Felipe V, para el conjunto del ejército español, en los albores del siglo XVIII. La prenda más importante del uniforme era la casaca, la cual, siguiendo sucesivamente las variaciones de la moda, estuvo vigente hasta la restauración monárquica de 1875. El color principal del uniforme de la infantería durante el siglo XVIII fue el blanco; posteriormente se introdujo el azul turquí que permaneció en la uniformidad hasta 1920 en que se adoptó el color caqui para los uniformes de campaña y diario de todo el ejército. La casaca, el color blanco, el azul turquí y el caqui han sido asociados con la milicia, en las distintas épocas que estuvieron vigentes, dando lugar a denominaciones como 'blanquillo' para referirse a los soldados, o

expresiones como 'romper la casaca' que equivalía a licenciamiento o 'marcar el caqui' para indicar que se esta haciendo el servicio militar. Con la expresión 'azul turquí' -en sentido figurado "servicio militar"-, tenemos el siguiente refrán: *Azul turquí, no es azul bueno para mí.* Y, si como sabemos, "El hábito no hace al fraile...", *El gorro y el correaje no hacen al soldado.*

El uniforme le era suministrado al soldado por la administración del Estado que, mediante contrato, encargaba su confección a fabricantes. Pese a que se miraba porque fueran de buena calidad, no solía ser así. Y es que *En ropa de munición, si malo es el ojal, peor es el botón.*

Las ordenanzas obligaban al soldado a cuidar con esmero las prendas de su uniforme. En las de Carlos III (Ordenanzas, 1815: II.I.14), aparecía:

> En el esmero del cuidado de la ropa consiste la ventaja de que el soldado no se empeñe, como que granjee el aprecio de sus jefes; y para lograr uno y otro se lavará, peinará y vestirá con aseo diariamente, tendrá los zapatos, hebillas y botones del vestido limpios, las medias tiradas, el corbatín bien puesto su casaca, chupa y calzón sin manchas, rotura, ni mal remiendo, las caídas del pelo cortas, y con un solo bucle a cada lado, la gorra bien armada, y en todo su porte y aire marcial dará a conocer su buena instrucción y cuidado.

La consecuencia de esta ordenanza era y es la tradicional exigencia que sobre el cuidado del uniforme, limpieza del calzado y corte de pelo se observa en el ejército y el motivo de muchas de las anécdotas que relatan los que han realizado el servicio militar. La falta de una prenda o elemento del uniforme, aunque fuera un simple botón, un remiendo mal hecho, las botas sucias etc. eran motivos más que suficientes para arrestar al soldado. De ahí el siguiente refrán militar, que advierte del cuidado que debe tener el soldado con el uniforme y cualesquiera otras prendas que se le entreguen: *No hagas juegos malabares con las prendas militares.*

Todos los soldados vestían las mismas prendas de uniforme, siendo autorizados, cuando llegaba el buen tiempo, a prescindir de algunas. La visión de los soldados con uniforme más ligero era, en consecuencia, prueba evidente de que ya se podía dejar de utilizar la ropa de abrigo, sin mayores riesgos. Y de esta evidencia, el consejo: *No te aligeres de ropa hasta después que la tropa.*

De frailes, putas y soldados

La asociación entre frailes, putas y soldados es una de las preferidas en el refranero. Refleja la impresión del pueblo sobre estos tres grupos sociales que constituían mundos y formas de vida distintas a las del común.

Desde antiguo se sabe cuan valiosos son para la guerra aquellos individuos que ejercen por igual de monjes y de soldados. En ellos se aúnan las cualidades propias de quien profesa la milicia (valor, fortaleza, osadía, etc.) y la determinación y cualidades morales del que sigue los dictados de la religión.

Las ordenes militares medievales (Templarios, Alcántara, Calatrava, del Santo Sepulcro, etc.), creadas, en su mayoría, en época de Cruzadas con la finalidad de luchar contra los musulmanes, a los que se consideraba enemigos de la cristiandad, dejaron claro testimonio de lo que se afirma. El refranero lo describe así: *Abad y ballestero, mal para los moros.* Pero no siempre la concurrencia de lo militar y lo espiritual sale bien y, en el ejército, no han sido escasos los ejemplos de militares santurrones que, abusando de su jerarquía, han aprovechado para imponer sus convicciones religiosas. Y de ahí, cierta desconfianza: *¿Fraile y coronel? Librenos Dios de él.* Viceversa, también considera el refranero que las cualidades militares que adornan, se presupone, al que ha ejercido la milicia, son un importante bagaje para el que decide profesar en una orden religiosa. Si recordamos el ejemplo de San Ignacio de Loyola, no podría haber

resultado mejor esta suerte de concurrencia cuya bondad es reconocida desde antiguo, como demuestra este refrán compilado en el siglo XVI: *Fraile que fue soldado, sale más acertado.*

En general, el refranero desconfía de los militares y de los frailes, y mete en el mismo saco a los gatos -algo habrá que lo justifique-, al amigo reconciliado y, en típica xenofobia de la época, al judío acomodado: *Con militares frailes y gatos, pocos tratos. De fraile, de soldado y de amigo reconciliado. De fraile rebozado, y de judío acomodado, y de hambriento soldado.*

Atribuye, ¡cómo no! a ambos, amistades poco recomendables: *Del fraile y del soldado, el piojo es amigo declarado.* Y se deleita con relacionarlos con las prostitutas, lo que, en el caso de los soldados no es más que una simple constatación, ya que a su alrededor siempre ha habido prostitutas y viceversa. En ciertas épocas, no sólo estaban permitidas sino que además eran parte integrante del cortejo formado por los vivanderos, criados, esposas e hijos de los soldados, que acompañaba a los ejércitos.

El Maestre de Campo Sancho de Londoño (s. XVI), en su conocido discurso y compendio de ordenanzas (Londoño, 1993: 41), instaba, defendía y justificaba su presencia en el ejército, con los siguientes argumentos:

> Y porque no conviene ser casados, hombres que han de seguir las banderas, a dondequiera que por tierra, o por mar fueren: por cuidar los inconvenientes que se podría recrecer, débese permitir que haya al menos ocho mujeres por cien soldados, que pues las repúblicas bien ordenadas permiten tal género de gente por excusar mayores daños, en ninguna república es tan necesario permitirle, como entre hombres libres y robustos, que en los pueblos ofenderían a los moradores, procurando sus mujeres, hijas y hermanas, y en campaña sería más peligroso no tenerlas, pero deben ser comunes, y no menos del número dicho: porque se infectarían de ellas los soldados, para no permitir las tales infectadas, debería haber persona que tuviese cuenta con ellas, y especial cuidado de hacerlas visitar a menudo.

No es de extrañar, por tanto, esa confianza que entre ellos se aprecia: *Con putas y soldados, echa la vergüenza a un lado. Entre frailes, soldados y putas no se estilan excusas. Entre soldados y putas, ni cumplimientos ni excusas.*

De mozas y soldados

"Juventud, divino tesoro" escribió Rubén Darío, significando lo maravilloso de esos años "que se van para no volver". Y eso, juventud, es lo que tienen los soldados, ¡a raudales!, y también las mozas de los pueblos y ciudades donde hay o había cuarteles o se acantonaban las tropas. Pero los soldados no siempre eran estimados por los progenitores y las familias de las muchachas, que los veían con cierto recelo, compartiendo, eso sí, tal prevención con los estudiantes: *Con estudiantes y soldados, mozuelas, mucho cuidado.* Ya lo advierte también la copla (Gil García, 2002: 135): "No tengas novio chiquilla / ni soldado ni estudiante / pues se emperran en ser novios / y no hay cura que los case.

Con la llegada de la primavera, las tropas abandonaban sus cuarteles de invierno y se dirigían hacía las guarniciones de verano o hacía los frentes de guerra, caso de reanudarse o iniciarse una campaña. Las familias, veían con alivio su partida. Las mozas enamoradas, lloraban: *Tristes las mozas están, pues los soldados se van.* Y la copla (Gil García, 2002: 135), lo expresa así:

Niña, no pongas tu amor en soldado
ni en sargento ni oficial
porque en tocando "de frente"
tu te echarás a llorar
y ellos marchando a la guerra
solita te dejarán.

Hubo época, allá por las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, en que los soldados que estaban en las grandes ciudades gustaban de relacionarse con las niñeras y muchachas que trabajaban como doncellas o cocineras. Hay, sobre esto, toda una iconografía en el mundo de las tiras cómicas y del humor gráfico, en general; y son varias las razones para esta asociación: al igual que muchos soldados, las niñeras procedían, en buena parte, del mundo rural y se encontraban, también, alejadas de sus familias; los soldados eran pues, como ellas, unos extraños en la ciudad; ninguno era libre de hacer su vida como quisiera y se sentían unidos por una cierta solidaridad de clase. Por otro lado, en las casas de oficiales acomodados solían coincidir, frecuentemente, los soldados que ejercían de asistentes, con el personal de servicio doméstico. ¡Cuántos noviazgos y matrimonios hubo, que tuvieron ese origen! ¡Con qué mimo eran tratados muchos de esos jóvenes soldados por las cocineras y las doncellas! ¡Qué bocadillos de tortilla o chorizo se comía el joven asistente en la cocina, mientras que, entre bocado y bocado relataba a las arrobadas féminas del servicio sus aventuras en el cuartel! No es de extrañar, por lo tanto, la verdad histórica que expresa el siguiente refrán: *El placer de los placeres, tratar con niñeras y dormir en los cuarteles.*

Los gobiernos, en general, veían con muy malos ojos el que los soldados e incluso los oficiales contrajesen matrimonio por los inconvenientes que ello suponía y, a partir de 1632, se estableció la obligación de pedir Real Licencia para poder hacerlo. Esta obligación, salvo los paréntesis de los años de la Primera y de la Segunda Republica, estuvo vigente hasta 1978. La razón: *El soldado que es casado, ni buen marido ni buen soldado. El hombre casado, o mal marido, o mal soldado*

En el siglo XVIII, sólo los oficiales tenían alguna posibilidad de ser autorizados a contraer matrimonio, siempre y cuando contasen con medios suficientes para sostener a su familia con dignidad y que la novia fuera de clase noble. A los oficiales jóvenes, tenientes y capitanes, se les denegaba la autorización con mucha frecuencia, no así a los coroneles, que por tener más edad y mayor paga apenas se les ponían objeciones si la novia cumplía todos los requisitos. Por eso dice el refrán: *No me casé con un coronel, porque no quiso él.*

A pesar de las trabas, no era infrecuente encontrarse con algún que otro soldado casado, especialmente en época de los Tercios; aunque eran más los que tenían concubinas. Estas mujeres los acompañaban donde quiera que se desplazara su ejército y no escaseaban las pendencias por su causa. Era desaconsejable, por lo peligroso, el trato con ellas y, mucho más, el pretenderlas: *De aire colado, de mujer de soldado y de vara de arriero, huye ligero. Ni vestirse de prestado, ni tratar con moza de soldado.*

De los soldados y el amor

La vida de los soldados, sujetos a un estricto horario, apenas si les dejaba tiempo para enamorarse. Unas pocas horas de paseo por la tarde, sino tenían servicio de guardia, de cuadra, de cuartel o de otro tipo, y..., al toque de retreta, de nuevo en el cuartel. El amor de soldado era breve y pasajero. Así lo describen algunos refranes que luego veremos y también, con singular acierto, en inspirados versos lo ha cantado uno de nuestros mejores autores del Siglo de Oro (Tirso de Molina, 1635: 1007):

Luz de relámpago breve,
sol y flores por febrero,
amistad de pasajero,
bebida en julio de nieve
y presunción de belleza
que al espejo se ha mirado.

Son como amor de soldado,
que se acaba cuando empieza.

El comienzo y final de las actividades se indicaban mediante toques específicos para cada una, interpretados con las cajas de guerra. Posteriormente, en el siglo XIX se adoptó la corneta para este fin. La corneta regulaba toda la vida del soldado. No es de extrañar, pues, el siguiente refrán: *Amor de corneta, de diana a retreta.*

En el siglo XVII se decía: *El amor del soldado no es más de una hora, que en tocando la caja: ¡y a Dios, señora!* Se refiere el refrán anterior al denominado toque de retreta –'tocar a recoger' se decía en el siglo XVII–, que, al anochecer, en las plazas, ciudades o villas donde hubiera tropas, advertía a los soldados que debían regresar al cuartel. Este toque lo interpretaban los tambores o cajas de guerra en la puerta principal del cuartel o, si el caserío era extenso, en calle céntrica, bulevar, plaza o paraje concurrido. Finalizado el toque de retreta ningún soldado podía andar por la calle sin licencia, so pena de arresto.

Con la incorporación, especialmente, en el siglo XIX, de nuevos instrumentos de viento a las bandas de guerra, estas se transformaron en conjuntos instrumentales capaces de interpretar todo tipo de música, a los que se denominó 'músicas militares'.

Las músicas militares se desplazaban al lugar de la retreta preludiando el toque con marchas militares y otras alegres piezas musicales. La retreta pasó entonces a convertirse, en muchas poblaciones, en un cotidiano y tradicional espectáculo.

Esta función de música al aire libre, abolida en tiempos de la Dictadura de Primo de Rivera, era muy del gusto de la gente y, en ella y en el éxito de las músicas militares se encuentra el estímulo inicial que hizo proliferar la creación de bandas de música de carácter civil por los pueblos de España. Bandas que, fieles a su origen, conservan un aspecto marcial, suelen vestir uniforme y están, en muchos casos, adscritas a la unidad de Policía Municipal.

Volviendo de nuevo al amor, conviene recordar que para el refranero, tanto lo uno, el amor, como lo otro, profesar de soldado, son cosas de jóvenes: *El viejo, mal soldado y peor enamorado. Tan malo es el viejo soldado como enamorado.* Idea ésta, nada nueva, que el poeta latino Ovidio (1993: 1.9.4) acertó a expresar magistralmente:

La edad que es propia para hacer la guerra
también para el amor es la adecuada
Indecoroso es un soldado viejo,
indecoroso es un amor senil.
Los años que le piden
los generales al soldado fuerte,
se los pide a su amigo una bella doncella.

De la recluta, de quintos

La recluta de soldados ha constituido siempre un quebradero de cabeza para los gobernantes. El número de los que se alistan voluntarios era y es, por lo general, insuficiente y ello ha obligado a buscar fórmulas con las que atraer gente a los ejércitos. En los siglos XVI y XVII la recluta de voluntarios la hacían directamente los capitanes que, provistos de una autorización para reclutar en nombre del rey que se denominaba "conducta", recorrían los pueblos de la zona asignada. Acompañados por el alférez de su compañía, un sargento y algunos tambores enarbolaban su bandera en lugar destacado, señalando de esta manera el sitio donde efectuaban el alistamiento de los que deseaban iniciar la azarosa vida de soldados. Para animar a los mozos a alistarse, se ofrecían vida fácil y cómoda, fabulosos botines de guerra, etc., y, especialmente, una determinada

cantidad de dinero que se le entregaba al mozo en el momento de alistarse, denominada enganche o enganchamiento a partir del siglo XVIII. Este dinero en mano era uno de los mayores alicientes para los mozos de clase baja o empobrecida y cuya importancia para el éxito de la recluta señala el refranero: *Dinero de contado, halla soldado.*

En el siglo XVIII la captación de voluntarios dejan de realizarla los capitanes de compañía, encargándose esta labor a las denominadas partidas de reclutamiento o enganche que reclutaban soldados para todo un regimiento. Estas partidas eran mandadas por un oficial subalterno al que, familiarmente, se conocía como enganchador. La partida se acantonaba, habitualmente, en ciudad o villa principal de su zona de reclutamiento, durante un tiempo que podía oscilar desde unos pocos días hasta varias semanas, o incluso meses. Al lugar o edificio donde establecían la oficina de alistamiento se le conocía como bandera de recluta o enganche por estar enarbolada la bandera que señalaba su presencia, en lugar preeminente y visible del mismo. Banderín de enganche es la denominación que, desde el siglo XIX, se da a la sucursal de una bandera u oficina principal de recluta.

Desaparecidos los tercios a principios del siglo XVIII y con ellos el prestigio social que todavía conservaba la profesión de simple soldado; pocos fueron, a partir de entonces, los mozos de ley que se alistaron voluntariamente. A las banderas comenzaron a acudir, principalmente, delincuentes y vagos. Así lo certifica el siguiente refrán: *Banderín de enganchador, barre la gente peor.* Pero no era fácil la vida en aquellos tiempos, el ejército garantizaba el sustento diario y, en épocas de escasez sobre todo, muchos no desdeñaban alistarse. Y es que... *Mas vale soldado que amortajado.*

Uno de los principios más antiguos y universales con relación a los ejércitos es la idoneidad de los hombres del campo para el oficio de soldado. Hacia el año 400 de nuestra era, en plena decadencia del imperio y civilización romanos, el tratadista militar Flavio Vegecio Renato (1988: 37) escribió lo siguiente:

> Sobre esto no puede haber dos pareceres, porque es constante que para la guerra no hay gente mejor que la del campo, que se cría a las inclemencias del tiempo y en las fatigas; aguanta los ardores del sol, sin echar de menos la sombra, el uso de los baños, ni demás regalos de la vida; es muy sencilla, conténtase con poco; tiene endurecidos los miembros con los trabajos del campo, y está hecha a manejar el hierro, a cavar la tierra y a llevar mucho peso.

El refranero acierta a expresarlo de manera concisa: *El buen soldado, sácalo del arado. Ése tira dardo, que se precia del arado.*

La recluta de soldados voluntarios se alternaba, especialmente en épocas de guerra, con las levas o reclutamientos forzosos, de las que estaban exentos la nobleza y otros estamentos privilegiados como el clero o la judicatura. A finales del siglo XVII comenzaron a conocerse como quintas, las levas realizadas mediante el sorteo de los mozos. Se completaban de esta forma los cupos de hombres que debían proporcionar al ejército las diferentes regiones y pueblos de España. Las quintas fueron el principal sistema de recluta durante todo el siglo XVIII y gran parte del XIX. En 1770, año que se considera como el del inicio de la popular "mili", se introdujo el reemplazo anual que implicaba convocar quintas cada año y, con el establecimiento en 1837 del servicio militar universal, obligatorio, según la ley, para todos los españoles, puede decirse que finaliza el sistema de quintas. Sin embargo, perviven los sorteos, lo que hace que el término 'quinta' continúe utilizándose para referirse al reemplazo anual hasta bien entrado el siglo XX.

Las condiciones de vida de los soldados durante los siglos XVIII y XIX eran muy duras, siendo muchos los que fallecían en los cuarteles como consecuencia de la escasez y mala calidad de la comida, el frío y la poca higiene. Si a esto se sumaban los que perecían en campaña y destinos de ultramar, se entiende perfectamente el rechazo que las quintas provocaban en el

pueblo llano, principal proveedor de soldados al ejército: *Diez mozos a la quinta van, de diez cinco volverán. Hijo quinto sorteado, hijo muerto y no enterrado. Quinta, enganche y escorpión, muerte sin extremaunción. Quintado mareado, piel y huesos sorteados.* Ya lo decía la copla (Gil García, 2002: 177):

Adiós hijo de mi alma
que te ha tocado la suerte,
ojos que te vieron ir
ya no volverán a verte.

Los mozos buscaban, con todo tipo de trampas, el que se les considerase inútiles para ser soldados. Muchos simulaban ser contrahechos, tullidos, cojos, dementes, etc., con tal de lograr la ansiada exención. Pocas veces lo conseguían: *En el baile, todos sanos; y al entrar en quinta, cojos y mancos*

El refranero señala que defectos físicos como el de ser jorobado tenían, al menos, la ventaja de eximir de la condición de soldado: *Jorobado, libre de ser soldado*

Hasta la promulgación en 1912 de la conocida como Ley de Canalejas, los mozos a los que les correspondía en el sorteo la suerte de soldado, podían librarse abonando una determinada cantidad de dinero al Estado, que se denominaba redención o rescate. La ley de enganches y redención de 1859 establecía la redención en 8.000 reales, una cantidad muy importante en aquellos años. Sólo los más pobres, aquellos que no disponían del dinero para redimirse, engrosaban las filas del ejército. El refranero los compara con los pobres de solemnidad, que mueren sin tener ni una triste herencia (petate) que legar: *Quinto sin rescate, muerto sin petate*. Y en copla de quintos:

Si te toca te joes
que te tienes que ir,
que tu madre no tiene
para librarte a ti.

Finalmente citaré dos refranes que hacen referencia a la fecha del sorteo de quintos, que la Ordenanza de 1823 estableció, se realizase en todos los ayuntamientos el primer domingo de abril, "a una hora cómoda de la mañana": *En abril cada soldado con su fusil*. Y como en abril también suelen espigar los cereales, pues ya tenemos otra versión: *En abril cada caña con su fusil.*

Hasta 1837, año en que se comenzaron a utilizar los globos de alambre, para el sorteo se utilizaban dos cántaros. En uno se metían las papeletas de los mozos con su nombre y apellidos y en el otro las papeletas numeradas. A esta labor se la denominaba "encantaramiento". Después comenzaba el sorteo, propiamente dicho: dos niños menores de diez años extraían un papel de cada uno de los recipientes y se los entregaban al alcalde y al presidente del sorteo, quienes leían el nombre y número respectivos. El sorteo era vivido por los mozos y familiares con enorme expectación, dando lugar a escenas de gran júbilo si el mozo quedaba libre o, por el contrario, de gran dramatismo si la suerte le deparaba el ser soldado. Y dicen las coplas (Gil García, 2002: 48, 53):

Primer domingo de abril
¡Que día tan señalado!
metí la mano y saqué
el número de soldado.

Primer domingo de abril,
niña, me tocó la suerte;
mira si fui desgraciado
no tuve tiempo a quererte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

CICERÓN, M. T. (s. I a. de C) (1986): *Tusculanas*. Edición y traducción de José Antonio Enríquez González y Ángela Ropero Gutiérrez. Madrid: Editorial Coloquio.

CORREAS, G. (1627 = 2000): *Vocabulario de refranes y frase proverbiales* [1627]. Madrid: Edición de Louis Combet revisada por Robert Jammes y Maïte Mir-Andreu, Editorial Castalia S.A.

GIL GARCIA, B. (2002): *Cancionero popular de quintos y soldados*. Madrid: Ministerio de Defensa. Edición crítica de Carlos Gil Muñoz.

LONDOÑO, S. De (1993): *El discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado* [Bruselas, 1596]. Madrid: Ministerio de Defensa.

MARTÍNEZ KLEISER, L. (1984): *Refranero general ideológico español*. Madrid: Editorial Hernando.

MOLINA, T. De (1635): *La lealtad contra la envidia* [1629]. Alicante: Biblioteca Virtual Cervantes. Edición digital a partir de la de Quarta parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina, Madrid, María de Quiñones.

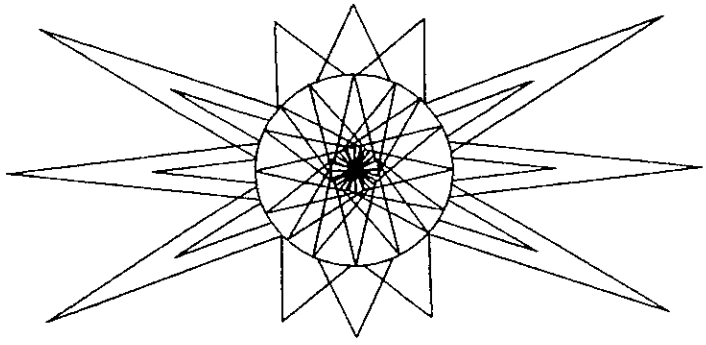
NÚÑEZ, H. (1555 = 2001): *Refranes o proverbios en romance* [1555]. Madrid: Edición crítica de Louis Combet, Julia Sevilla Muñoz, Germán Conde Tarrío y Joseph Guia i Marín. Editor Guillermo Blázquez.

ORDENANZAS de S. M. para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus exercitos [1768]. Madrid: Imprenta Real, 1815.

OVIDIO (Publio Ovidio Nasón). *Amores. Arte de amar.* Madrid: Ediciones Cátedra, 1993, traducción de Juan Antonio González Iglesias.

SBARBI, J. M. (1922): *Diccionario de refranes, adagios, proverbios, modismos, locuciones y frases proverbiales de la lengua española*. Madrid: Librería de los sucesores de Hernando.

VEGECIO RENATO, F. (1764 = 1988): *Instituciones militares*. [*Epitoma Rei Militaris*, siglo V]. Madrid: Ministerio de Defensa, 1988. Reedición de la traducción realizada por Jaime de Viana en 1764.



Nace un vicio de otro vicio



Del avariento ejercicio,
Pocos alcanzan la cura,
Porque se altera el juicio.
Y donde entra la locura,
Nace un vicio de otro vicio.